

Jamás retrocedió un paso en el cumplimiento del deber, ni su benevolencia y cortesanía contemporizaron con lo que no creía justo y razonable, o con exigencias indebidas. Creyente y religioso sin ostentación, vivió como cristiano sincero y murió como había vivido.

Maldonado era el ídolo de su interesante familia, que, como una corona de afectos, lo rodeaba.

Este es el breve boceto de un hombre que, si en los momentos de su muerte no me arrancó exclamaciones de dolor, cada día que pasa, su figura se abrillanta para mí, y crece su mérito con la ausencia.

Puesto que sus relaciones en la alta sociedad de esta capital eran gratas para todos, ¡cuánto no lo habrían sido para usted, apreciadora de los hombres cultos, honrados y espirituales! ¡Y cuánto no habría él celebrado cultivar la amistad de usted, fuente inagotable de satisfacciones puras y desinteresadas!

#### ARTICULO IV

Muy respetada señora y amiga:

Hablaba a usted poco ha de nuestra misteriosa planta americana, llamada coca (nuestros goajiros, que la usan mucho, la llaman **hayo**), y siento no poder añadir todas las interesantes noticias que sobre ella y sobre sus varias propiedades y aplicaciones he hallado recientemente —gracias a la fineza de mi amigo, el distinguido botánico,

doctor Wenceslao Sandino Groot— en **El Porvenir**, periódico que se publicaba en Quito en 1885. En una serie de artículos que en él dio a luz el Reverendo Padre Luis Sodiro, Jesuíta alemán, se hallan curiosos pormenores que usted leería con gusto. Por ejemplo: dice que el inca Manco Capac adoptó como una de sus divisas imperiales, la **chuspa** o mochila en que los indios peruanos —y hoy también los colombianos— llevaban su hierba sagrada para mascarla. Me figuro que esta mochila en el escudo de armas del Inca sería algo como el gorro frigio que es en el nuestro, o como el nopal en el de México, o la palma en el del Perú. Creían los indios que esta hierba era tan grata a la Divinidad, que las víctimas que se le ofrecían no lo eran, si no estaban rodeadas del humo de la coca, de la cual arrojaban al fuego cestillos llenos de sus hojas. Al mismo tiempo el sacerdote que celebraba dichas ceremonias debía estar mezclándola. Otro tanto hacían los agoreros para consultar los oráculos, práctica que tenía alguna analogía con la de los griegos, cuyas pitonisas se preparaban a dar sus respuestas, mascando las hojas del laurel.

En cuanto a sus propiedades, dice el mismo sabio jesuíta que se la tiene en grande aprecio porque afianza y conserva la dentadura, promueve la transpiración, alivia las asmas, vigoriza el estómago, destruye las afecciones hipocondriacas e histéricas, y aun disminuye la obesidad; y, aplicada exteriormente, cura los colores reumáticos. Si esto fuera así, poco le faltaría para ser una panácea, como las que padece usted anunciadas diariamente en todos los periódicos. Si usted tiene

alguna amiga a quien le toquen estas generales, puede usted comunicárselo, y yo me tendré por dichoso en haber contribuído a su mejoría.

Pero basta lo dicho para mi propósito, que era hablar de la cocaína, y de sus efectos reales o supuestos, y hacer ver que la coca ha sido objeto de estudio en los siglos pasados, y que los gobiernos mismos han legislado sobre ella, como asunto de grande importancia.

Además, me urge atender a una amable exigencia de usted, y me apresuró a hacerlo, dejando por ahora el siglo XVIII, y retrocediendo al XVI.

Habiendo estado usted en la Catedral el 6 de agosto último, y visto los objetos de interés histórico que allí se exhiben ese día, desea usted saber algo sobre el Cristo llamado de **la Conquista**, y pasó a hacerlo gustoso, hasta donde se extienden mis noticias sobre este asunto. Y no sólo sobre ese, sino sobre otros Cristos que pueden llamar su atención.

La interesante leyenda que el doctor Madiedo ha publicado recientemente en un periódico de esta capital sobre el famoso Cristo que dice la tradición fue fabricado milagrosamente para la iglesia de los Padres Dominicanos de Cartagena, hace muchos años, me ha sugerido la idea de reunir en un pequeño grupo una breve noticia de los Cristos que existen en nuestro país, notables por alguna circunstancia particular: tales son, el Cristo llamado de la Conquista, el de la iglesia de Santo Domingo de Bogotá, el de Ubaté, el de Vásquez, el de Egipto y el de Martínez, o sea de la Capilla del Sagrario, el de Buga, el de los agonizantes y otros.

¿Quién no ha visto alguna vez, especialmente en un 6 de agosto, aniversario de la fundación de Bogotá, un lienzo antiguo, de hasta dos metros de altura, maltratado y desteñido por el tiempo, que se halla fijado en la parte posterior del altar mayor de la Catedral, y en que se ve toscamente pintada la imagen de Jesús crucificado, casi del tamaño natural? En aquella fecha se exhibe al público la histórica y, puede decirse, preciosa pintura que tantos recuerdos despierta y tantas impresiones produce, y sobre el mismo altar, o en la capilla inmediata, se muestran los burdos y raídos ornamentos, y el cáliz de plomo en que se celebró la primera misa en estas alturas.

Establecidos los españoles en ellas, fijado el sitio para el cuartel general, distribuidos los solares para edificar casas, y en construcción ya la capilla pajiza, primer templo que se erigía al Dios verdadero en estas comarcas, sólo faltaba una imagen del Redentor que la inaugurase y santificase, puesto que los conquistadores eran todos católicos, y que la llamada **Reforma** religiosa apenas comenzaba a asomar las narices en Europa. Si todos ellos, o la mayor parte, hubieran sido lo que hoy son los protestantes, no habrían necesitado de tal imagen, y habrían sido suficientes para su culto las desnudas paredes de bahareque de la capilla, y una improvisada **barbacoa** para subir a perorar o a leer; pero los católicos necesitamos algo que nos hable al corazón, que presida nuestras augustas ceremonias, y que fije nuestra atención y nuestro espíritu, para tributar **adoración** al Dios Hombre y **veneración** a las imágenes.

Los españoles no podían traer éstas, ni los elementos con qué pintarlas, ni es probable que entre ellos vinieran pintores ni escultores. Cuando más uno que otro cristiano viejo y fiel creyente traería colgado al pecho, un pequeño crucifijo de cobre o madera, que su esposa o madre le pusieron al cuello al salir de su país. ¿Qué hacer, pues? La necesidad es madre de la industria; fue preciso improvisarlo todo, crearlo todo, bien o mal. No sería aventurado pensar que el mismo Padre Las Casas, que los acompañaba, fue el aficionado pintor que lo ejecutó, o que por lo menos se hizo bajo su dirección. Alguna manta de las que fabricaban y usaban los indios sirvió de mal preparado lienzo; las tierras ordinarias de indecisos colores, halladas en aquellos contornos, y molidas entre dos piedras, suplieron tal vez los que usan los pintores; o bien se echó mano de la bija y otros colores vegetales con que los muiscas teñían sus mantas, o se teñían a sí mismos; las cerdas arrancadas a algún caballo conquistador, o los pelos de alguna piel de venado, o de una fiera —de las que adornaban las habitaciones de los indios—, servirían para hacer los pinceles; y un poco de **higuerilla** machacada suministraría el aceite necesario.

Con tan escasos y pobres elementos —me figuro— se emprendió esa obra de arte, que reveló una mano inexperta, y falta absoluta de conocimiento en éste, pero que llenaba el objeto, y era probablemente más agradable a Dios que muchas de las obras maestras que adornan las basílicas y las galerías de cuadros, en que la vanidad u ostentación reinan al par del amor al arte.

Ya me figuro el buen de Las Casas, con el hábito blanco de su orden —si era que se había conservado blanco, después de tal campaña y tántas aventuras— remangado hasta los codos, preparando y moliendo los colores, e improvisando un mal caballete de **chusques**, y al chapetón pintor, arrimando el arcabuz y delineando con vacilante mano la tosca imagen que no creyó él jamás viese a figurar tan largo tiempo en nuestra historia, y que sus descendientes hasta la quinta generación habían de venerar.

Las aventuras que este lienzo bendito corriera durante más de dos siglos no han llegado a nuestro conocimiento; pero la fe y la piedad de nuestros mayores lograron conservarlo tal como está y sustraerlo a mayores injurias del tiempo y de los hombres. Si no contemporáneo, por lo menos de una época posterior muy inmediata, es el grupo del Calvario que se veneraba en la destruída capilla del Humilladero, uno de los primeros edificios de teja que se construyeron en esta ciudad, y que reemplazó a la primitiva capilla pajiza. Ese grupo de Jesús con los dos ladrones, es original por su extrema fealdad e infeliz ejecución, que acusa una mano nada artística. Tal piadosa afición sólo puede ser disculpable en aquellas circunstancias. Hoy se halla ese grupo colocado en la parte superior del altar mayor de La Tercera, donde sin duda, lo habría visto usted, haciendo contraste con la riquísima obra de talla de toda la iglesia en la parte en que no ha sido dañada y desfigurada por la atrevida ignorancia.

Si el Convento de Dominicos de Cartagena tuvo, o tiene, según el doctor Madiedo, su Cristo céle-

bre, el de Bogotá ha tenido, no uno, sino dos, cada cual por diverso motivo: el de que yo voy a hablar, como objeto histórico, y el del pintor Vásquez, como obra de gran mérito artístico. Del primero dije ya algo en el **Papel Periódico Ilustrado** número 25, correspondiente al mes de agosto de 1882.

Al frente de la capilla pajiza que se construyó para la fundación de esta ciudad, y en que se celebró en aquel día por primera vez el Santo Sacrificio, leyendo el Evangelio de la **Transformación**, se levantó provisionalmente una gran cruz de madera, sostenida con piedras y estacas, la cual fue saludada por el ejército español y por los indios que estaban presentes, con toques de clarines, cornetas, **fotutos** y salvas de arcabuces. Ahora sabrá usted, si no lo sabe, que para exigir esa cruz improvisada y tosca se derribó un grande árbol que había en el centro de lo que debía ser la plaza ya demarcada. Parte del grueso tronco de ese árbol permaneció allí tirada durante mucho tiempo, como que al cabo no estorbaba para nada, y servía de asiento, y aún de yunque para muchas manipulaciones, como cortar, aserrar, afilar, etc. Pero al fin, después de muchos años, comenzaron a venir artistas de España, y entre ellos llegó un regular escultor que emprendió hacer imágenes para las capillas e iglesias que se iban fundando; y viendo aquel gran trozo de buena madera seca, la pidió, y con él fabricó una imagen de Cristo que hoy se halla en la de Santo Domingo. Si entra usted a esa iglesia y se dirige a la capilla de Santa Juana, que está detrás del altar mayor, verá entre muchos trastes viejos que

hizo amontonar allí la revolución de 1861 —que no dejó sino escombros en todo el país—, un Calvario de relieve entero, cuyas tres figuras tendrán poco más de un metro de alto. Son todas bastante buenas, según el voto de inteligentes, especialmente el Cristo, que fue el que se formó con el tronco del árbol. Por lo menos esa obra, en su género, es infinitamente superior al Cristo que llaman de la **Conquista**, como se ve por el grabado que se da de esa mala pintura. Esta tradición la recogí de ancianos y respetables amigos que ya no existen, y que la recogieron a su turno de boca de sus antepasados, por lo cual no vacilé en darle crédito.

Cuando el Barón de Humboldt estaba en Bogotá, por años de 1802, quiso visitar algunos de los principales templos, ver los buenos cuadros que aún había en ellos, las imágenes y sus ricas alhajas, y en fin, todo lo más digno de atención. Habiendo sabido que en el de Santo Domingo había mucho de eso, pidió a los padres le mostrasen la Virgen del Rosario, cuyas alhajas valían miles de pesos, por la gran cantidad de perlas finas, esmeraldas y otras piedras preciosas, y los padres, con la fina urbanidad que los distinguía, lo condujeron al camarín de la Virgen, y le enseñaron lo que deseaba. Al bajar de allí fijó la vista en un lienzo que estaba cubriendo una alta ventana de la sacristía especial de la Virgen, y aunque no pudo distinguir qué cosa era, por la escasa luz y por el polvo que lo cubrían, lo poco que alcanzó a columbrar le llamó la atención, y preguntó a su conductor qué cuadro era aquél. Éste le dijo que era un cuadro viejo de los rezagados



de la antigua iglesia, que se había arrinconado allí sin objeto determinado. El Barón pidió que se tomase la molestia de hacerlo bajar para examinarlo; al instante fue complacido, y después de sacudirle el polvo y limpiarlo, el Barón lo colocó en el punto de vista conveniente, y examiándolo a distancia, exclamó: ¿Y, es posible que esta pintura esté aquí abandonada, como cosa de despreciable? Ustedes no saben lo que tienen: este cuadro es una obra de gran mérito, y cualquier inteligente daría por ella una fuerte suma.

Los padres lo examinaron con cuidado, y aunque legos (que no todos lo eran) conocieron su yerro, lo limpiaron muy bien, lo arreglaron y colocaron en la sacristía principal, en el punto conveniente, y allí permaneció durante muchos años, siendo la admiración de los aficionados. Era un Crucifijo, casi del tamaño natural, tan perfecto, no sólo por lo admirable del colorido, el dibujo, la expresión y deliciosa morbidez de las carnes, sino por la maestría que en la ciencia anatómica revelaba su autor, según opinión de un distinguido médico que conmigo fue a verlo.

Humbolt creyó al principio que sería obra de algún maestro europeo, pero al examinarlo, divisó al pie de la cruz la inscripción, que decía: **G. Vásquez fecit-1698**. Se le informó que era un pintor nacional, y se le mostraron otros cuadros suyos que el ilustre viajero alabó.

La revolución de 1861, privó a nuestro país de esta joya, como de otras varias, y parece que el Cristo fue a establecerse en Europa. ¡Cuán cierto es que, a río revuelto...!

· El señor Groot, en su **Historia Eclesiástica y**

**Civil**, trae la del Cristo de Ubaté, cuya renovación, o más bien, transformación, se reputa como milagrosa. Apoyado en documentos auténticos, y en las declaraciones jurídicas que en aquel tiempo se tomaron sobre el particular, dice que esa imagen de Cristo fue hecha para la iglesia del pueblo de Ubaté, por un platero llamado Diego de Tapia, ignorante en la escultura, y que por haber quedado tan mal ejecutada, no mereció aprecio alguno, ni se le dió colocación particular sino que, relegada a un rincón, estaba cubierta de polvo y telarañas.

Los padres franciscanos, que servían ese curato —agrega el señor Groot—, conociendo las disposiciones de la Iglesia que mandan a los prelados hagan quitar de los templos las imágenes imperfectas y deformes que no puedan inspirar veneración, estaban resueltos a destruirlo, cuando se empezó a notar que el rostro del Crucifijo se iba cambiando y haciéndose mejor. Fue tan notable esta transformación, que ya se pensó en colocarlo en lugar más decente y propio. El fenómeno continuó, y a ojos vistas crecía el interés que inspiraba aquel rostro, antes deforme y extravagante, y ahora bello y atractivo. Se hablaba de hechos maravillosos experimentados por personas de buen juicio y dignas de toda fe, y las gentes se apresuraban a rendir culto de veneración a la simpática imagen. Colocada ya con respeto en un camarín que al efecto se construyó en el altar mayor, se erigió una cofradía autorizada por la Silla Apostólica. Pero dado que no pudieran calificarse tales hechos de milagros, “se vió que el designio de la Providencia fue la extirpa-

ción de la idolatría, que aún se conservaba entre los indios de todo aquel partido, porque el hecho es que con la gran devoción que aquélla produjo, todas las prácticas idolátricas desaparecieron enteramente de entre ellos; y éste es uno de los caracteres que deben tener los verdaderos milagros”.

“Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el ojo artístico encuentra un verdadero prodigio al observar de cerca aquella imagen del Crucificado. No era necesario que dijese la historia” —continúa el señor Groot—, “que el que la hizo no era inteligente en el arte de la escultura: la obra del cuerpo lo está diciendo; no hay inteligencia en la anatomía, y por donde quiera se advierte la impericia de la mano que trabajó aquella obra. Pero si se quita la vista del cuerpo y se pone en el rostro, se queda uno pasmado. Esa cabeza, no es sólo buena, sino que es divina. ¡Qué expresión aquélla! Es la muerte misma. Parece que acaba de inclinarse exhalando el último aliento. En la boca abierta se ve, se siente la impresión del amargo de la hiel; los ojos, también abiertos, pero muertos. Se ven en aquella finsonomía el privilegio de una noche cruel, y las impresiones de una alma atormentada. mas por entre esas huellas del dolor humano se descubre la majestad del paciente, la divinidad de un Dios. Parece que no pudiera darse una imagen más exacta de Jesús muerto en el tormento de la Cruz. Seguramente no podrá presentarse objeto más a propósito para meditar y orar con todo el corazón. Una mirada sobre ese rostro vale más que un discurso entero sobre las agonías del Calvario. Observándolo de

cerca hemos discurrido como Rousseau sobre el Evangelio, y nos hemos dicho: ¿Es esto un milagro, o es obra del mismo que hizo el cuerpo? Pues, si es obra del que hizo el cuerpo, el milagro se ha hecho por mano de ese hombre.”

Yo he participado también de las impresiones del señor Groot, porque he subido al camarín de la iglesia de Ubaté, y he contemplado un buen espacio aquella cabeza sublime que coronaba un cuerpo deforme. No hay exageración en lo que él dice, y en presencia de esa estatua, no es posible dejar de detenerse algún tiempo para meditar con ternura y con respeto.



Lo que se ha dicho de esta estatua, en cuanto a la belleza y sublimidad de expresión, puede aplicarse al Cristo fabricado hace pocos años por nuestro distinguido y casi único escultor inteligente, señor Bernabé Martínez, para la Capilla del Sagrario, donde se reúne la congregación titulada **Escuela de Cristo**; sólo que la perfección de la obra, no se limita al busto, sino que domina en toda ella con una exactitud de formas, de articulaciones y musculación, que muy intolerante ha de ser quien al examinarla cuidadosamente le halle algún defecto notable. El rostro, sobre todo, es admirable: la expresión de dolor, de tristeza y de resignación, pero al mismo tiempo de majestad y grandeza, demuestran una verdadera y feliz inspiración del artista. Es profunda la impresión general que deja esta inimitable escultura.

Una objeción muy secundaria, que no afecta al escultor ni a la obra, es que el **Inri** que se ha puesto en la parte superior de la cruz está pintado con grandes caracteres modernos de imprenta de los que se usan en los avisos de teatro y otros.

Es repugnante tal anacronismo. **In illo te mpor** no había de esos caracteres. Se sabe que Pilatos mismo escribió el burlesco título de JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS, en las tres lenguas, hebrea, griega y latina; y las iniciales de estas cuatro palabras han venido a formar una sola. ¿Pero en qué caracteres lo escribió? A lo menos para la parte latina no serían muy alegantes. Pilatos —al fin, como hombre de alta posición— no sabría escribir muy bien, y luego la letra inglesa o española no se conocía todavía, y mucho menos la moderna de imprenta.

De desearse es, en obsequio de la verdad y del buen gusto, que se cambie esa inscripción de esquina por otra más propia.

El señor Martínez, persona humilde, modestísima, casi lastimosa en su apariencia, en sus costumbres, en su manera de vivir, es un grande artista, y su genio no se revela sino por sus obras, especialmente por ese famoso Cristo. Pertenece a una familia toda de artistas, por desgracia ya casi extinguida. Vive en una casucha en las afueras de la ciudad, y allí se le ve, como los antiguos anacoretas, rodeado de los instrumentos y materiales para su trabajo, con el cual, sin duda, alternan las prácticas de un hombre sinceramente piadoso.



Al llegar a la historia del **Cristo de Egipto**, tendrá usted, mi señora, que santiguarse algunas veces, porque la escena que voy a referirle tiene algo de diabólica.

No ha muchos años que en la romántica capilla de este nombre, que domina la ciudad por el Oriente, y que Bolívar, cuando vino la primera vez a Bogotá, juzgó ser una fortaleza, por su caprichosa pero elegante construcción, se veía en la nave de la derecha, al entrar, un cuadro no muy antiguo que representaba un Santo Cristo, de tamaño rebajado del natural. La pintura se conservaba en buen estado, pero la figura del Cristo era de un aspecto repugnante: el pintor recargando el pincel de sepia, ocre y otros colores oscuros para las sombras; el dibujo era pésimo, la actitud estrafalaria, y la cruz torcida; todo lo cual revelaba una mano muy poco diestra en el arte, y muy poco digna de ocuparse en un asunto tan santo. Pero lo más singular era que aún no estaba concluido, sino como bosquejado de prisa.

Fijándose un poco más, se veían en segundo término dos figuras espantosas, que huían y volvían la cabeza para mirar la imagen de Cristo. Estaban desnudas y tenían cuernecillos en la frente, y los demás adornos extravagantes con que los pintores adocenados suelen representar a Satanás, y que el vulgo cree a pie juntillas ser sus distintivos. Además, el principal de estos sujetos iba arrastrando una capa colorada. Yo había visto muchas veces este cuadro, cuando por el tiempo

de las alegres misas de aguinaldos, subía, en las frescas mañanas de diciembre, hasta la humilde capilla para contemplar, recostado sobre las muralla de piedra del atrio o plazoleta que la circunda, el encantador e inmenso panorama que se desarrollaba a mis pies, y todavía más allá, asentado sobre la gran cordillera, el nevado Tolima; pero nunca me había ocurrido informarme sobre el origen o historia de esa que a mí me parecía de testable pintura.

Una tarde había subido solo por allí para contemplar el mismo imponente espectáculo, pero con diferente luz: la del sol poniente; y porque desde mi infancia me gustaba oír el vibrante tañido de las campanas de la capilla contemplando algunos de los bellos cuadritos que adornaban el presbiterio, que por la mala colocación que tenían respecto de la altura y la luz, no se podía juzgar quién fuera su autor. Contemplaba también un cuadro de grandes dimensiones, que, según los inteligentes, es obra de un hermano de nuestro Vásquez, también pintor, aunque muy inferior a él, no obstante que su estilo es el mismo, cuando oí una voz que me decía dulcemente: "Caballero, va a cerrarse." Volví la cara y me hallé con el sacristán, a quien ya reclamaban en la casa contigua el chocolate y el rosario. Me ocurrió entonces salir de la curiosidad preguntándole lo que deseaba saber, y él, bondadosamente, mientras echaba el cerrojo y la llave, me dijo: Le informaré a usted lo que sé por tradición de una mujer muy anciana, quien lo oía referir en su casa siendo niña.

Había por aquí cerca, calle de La Candelaria,

un pintor de no gran fama, aunque sí la tenía de gran jugador y jurador. Una noche que se hallaba en compañía de otros tahures jugando lo que tenía y lo que no tenía, blasfemaba y juraba por hallarse perdidoso, aunque, la verdad sea dicha, en el fondo, era un hombre de fe y cristiano viejo, y cuando llamaba al diablo no era para que se lo llevase, sino para que le ayudase a salir del aprieto, como el viejo aquél de la leña, que nos cuenta la fábula. Después de un gran juramento, se santiguaba devotamente, y se quedaba un tanto tranquilo.

Esa noche, cuando más embebecido y abstraído en el **paro pinta**, vomitaba blasfemias, sintió que le tocaban el hombro, y oyó una voz que le decía al oído, tuteándolo: —No tengas cuidado, yo te daré todo el dinero que necesitas, y no te exijo más que una cosa. —¿Cuál?, preguntó sorprendido de la propuesta, y mucho más de la fisonomía extraña y temerosa del desconocido. —Mañana te la diré, contestó. Aguárdame en tu casa por la noche. Y desapareció.

Pensativo, y aun atemorizado, quedó el pintor, y retirándose fue a encomendarse a Dios. Desvelado toda la noche, revolvía en su cabeza quién podía ser aquel amigo a quien no conocía ni había visto jamás. Al día siguiente oyó misa muy temprano, se puso al trabajo, y por la noche, en vez de irse al garito, rezó el rosario.

Sospechaba con razón que el lance no podía ser sino obra de Satanás, y así se preparó para resistirle, ideando un chasco para el enemigo malo, como lo va usted a ver. Preparó un lienzo, caballete, pinceles, paleta, colores y todos los admi-



nículos del pintor, y se puso en guardia con su rosario.

Acudió puntual a la cita el incógnito protector, pues al toque de la queda en la vecina iglesia de La Candelaria, se presentó de repente en el obrador del artista, y le dijo:

—Vengo a cumplir mi palabra, y a que me cumplas la tuya.

—¡Muy bien! Veámos cuál es tu propuesta, dijo, disimulando su terror.

—Te daré todo el dinero que necesites, y en cambio tú me darás...

—¡Qué cosa!

—¡Tu alma...!

—No me había engañado: tú eres un espíritu infernal... ¡Desgraciado! ¿Y cuando vivías en el mundo, qué eras?

—Pintor, como tú. Por eso he querido protegerte y llevarte conmigo. Tú me ayudarás a conquistar la parte del género humano que me ha tocado en suerte.

En medio del sobrecogimiento y espanto que se apoderó de nuestro hombre, se alegró al saber que tenía que habérselas con un cofrade, y al ver que la suerte venía a ayudarle en su proyecto. Después de largo rato de meditación dijo el cuidado jugador:

—Una condición te pongo para negociar contigo, y si me la concedes, soy tuyo.

—¿Cuál?

—Que, puesto que eres, o has sido de mi profesión, me pintes en este lienzo un crucifijo, que he hecho voto de regalar a la capilla de Egipto,

y siendo de tu mano, tendrá mucho mayor mérito.

El espíritu infernal dio un rugido sordo y vaciló también largo rato; pero, a trueque de conquistar un alma, ¿qué no son capaces de hacer estos caballeros?

—Convenido, dijo al fin, y tomando la paleta y los pinceles, mientras su neófito rezaba en voz baja, pintó en cinco minutos aquella malaventurada imagen que he dicho; pero al detenerse para mirarla con atención, dio un salto hacia atrás, y tirando los pinceles y la maleta, con horribles aullidos se precipitó fuera de la casa, dejándola toda impregnada de un olor pestilencial. Al propio tiempo exclamaba el pobre pintor, entre regocijo y tembloroso: “Cristo reina, Cristo manda, Cristo sea con nosotros.”

El lance fue apuradillo, pero a lo menos produjo saludable fruto, pues el pintor se curó completamente de la pasión del juego y del prurito de blasfemar, y es fama que llevó en adelante una vida ejemplar.

Regaló, en efecto, el cuadro diabólico a esta capilla, como un trofeo glorioso; pero antes quiso completarlo y pintar él mismo la escena que había pasado con el diablo en su casa. Tomó los pinceles, no sin santiguarse antes tres veces, y en el mismo lienzo, que ya había rociado con agua bendita, pintó a Satanás huyendo despavorido al mirar su propia obra, y dejando la capa de grana con que se le presentó la primera vez; moda que estaba entonces muy en boga entre los grandes señores, y que duró hasta principios del presente siglo.

Dije al principio que no ha muchos años se veía todavía el cuadro en la capilla, y así es la verdad; aún viven muchas personas de mi tiempo que lo vieron repetidas veces. Pero el señor Arzobispo Mosquera, en la visita que hizo a esta iglesia, informado de la tradición que me refirió el sacristán, mandó que inmediatamente fuese quitado y quemado. Santa providencia que condenaba, así la superstición abominable de los ignorantes, como la mala pintura de un chapucero.

\*  
\*   \*

Una tradición antigua, cuyo fundamento no he podido averiguar, es la de que el bellissimo Cristo de marfil, que está en la sacristía de la iglesia de La Veracruz, perteneció al gran San Francisco de Borja. Se dice que de éste pasó a su nieto don Juan de Borja, Presidente del Nuevo Reino a principio del siglo XVII, quien sin duda lo trajo a América, como alhaja de familia, y sobre todo, de persona tan ilustre como el Duque de Gandía. Aunque no de grandes dimensiones, la obra parece ser de un mérito no común. Sólo conozco un trabajo de este género, que puede serle superior, y es el que posee mi amigo y distinguido anticuario don Gonzalo Ramos Ruiz, que indudablemente es obra de algún grande y antiguo escultor europeo.

\*  
\*   \*

Bogotá debía poseer otra preciosa obra de es-

cultura: el Cristo que venía, no sé en qué año, para la iglesia de Agustinos calzados, quienes lo habían encargado a Europa, a tiempo que de Lima se había encargado también una estatua de Jesús Nazareno. Una y otra imágenes existían casualmente en Londres, de donde salían diariamente desterrados, en los primeros años del furor de la **Reforma**, todos los objetos que servían para el culto católico. Fueron éstas puestas en almoneda —como bienes de manos muertas— y los respectivos recomendados las remataron, y se pusieron de acuerdo para enviarlas a América. Pero al tiempo de empacarlas o embarcarlas hubo algún cambio involuntario, y cada imagen tomó camino diferente del que debía, viniendo a Santa-fé el Jesús Nazareno, y marchando a Lima el Santo Cristo.

Agréguese a esta historia que de Lima se reclamó el Jesús Nazareno, ofreciendo enviar el Cristo; pero que nuestros agustinos se denegaron a hacer el cambio, diciendo que, si de allá querían enviar el Cristo, ofrecían hacer todos los costos de conducción, pero que el Nazareno no salía de aquí. Allá tuvieron que conformarse con esta resolución, que al fin, todo se quedaba en casa y era una misma cosa.

Usted, mi señora, ha podido admirar más de vez la belleza de esa estatua que tanta veneración inspira.

A propósito, otra de las desterradas de Londres, en la misma época, fue la imagen de La Concepción, que se venera en la iglesia de San Francisco, la cual, además de las injurias que recibió de la Reforma inglesa, ha venido a sufrir

aquí la de las reformas colombianas, pues no ha muchos años fue barnizada o embadurnada de blanco, sin duda para que estuviese de moda.

He oído hablar de un famoso Cristo que hay en la ciudad de Buga, en el Cauca, pero no tengo noticia del motivo de su celebridad. Si algún día la obtengo me apresuraré a comunicarla a usted para complementar esta relación. Sólo sé que hay entre el vulgo una especie de refrán que dice: "De Buga el Cristo, y Chiquinquirá la Virgen." No seré yo tan poco galante que acepte palabras tan ofensivas para los hijos de una y otra ciudad, entre los cuales hay sujetos de alto mérito y dignos de toda estimación.

## ARTICULO VI

Esta es la ocasión de tratar de un asunto que parece debiera reservarse para cuando llegásemos al promedio del siglo aquel que nos ocupa; asunto en que, si hasta ahora había para mí una duda histórica, hoy está despejado y claro, a mi entender, si no hay quien con mejor crítica y más seguros datos contradiga mi opinión. Es la cuestión imprenta. ¿No le parece a usted que la introducción de ésta en cualquier país ha sido siempre un acontecimiento trascendental de mayor importancia aún que lo ha sido en los tiempos modernos la inauguración de un primer ferrocarril, telégrafo o buque de vapor? El ha marcado siempre una era de progreso, y, a manera de gran